

pudiendo soportarlas, le gritó: ¡Alto, soldado fanfarrón! venga Ud. á ver cómo muere un hombre, y se dirigió con paso majestuoso al cuadro de soldados que lo fusilaron lleno de entereza, y mirando con altivez despreciativa á su verdugo. Esto me lo ha referido, punto por punto, una persona que presencié la ejecución, y de la que no me es posible dudar.

Rafael Rafael, enterado en lo más íntimo en los secretos y maquinaciones del partido conservador, se convirtió en su instrumento activísimo; entró en las más arriesgadas conspiraciones, y cobró rango entre los hombres de más acción. Alamán y los suyos siguieron protegiéndolo, hasta formarle regular fortuna y darle una gruesa suma de pesos, para cierto proyecto de colonización, que se envolvió en la sombra en que desapareció este personaje, que fué á morir del otro lado del mar.

Sea que el despecho buscase desahogo, sea que el rencor inspirara reproches indirectos contra los traidores, la demostración del aniversario de Churubusco fué espléndida; se rodeó el convento de gallardetes con crespones negros; se señalaron los sitios en que murió Peñúñuri, el en que fué herido mortalmente Luis Martínez de Castro, el punto de la trinchera en que declamaba Villamar sus versos vehementes contra los enemigos, el sitio á que se hizo conducir Anaya después de haber cegado por el incendio del parque. Se

levantó un gran tablado y una tribuna en medio de los sepulcros y montones de tierra que cubrían á los que murieron en el combate, y autoridades, empleados, carruajes y carros, arremolinándose y seguidos por la multitud, hacían desaparecer el suelo. Las poesías y discursos que se pronunciaron, encontraban repercusión, colorido y creces de elocuencia en el sentimiento universal que todo lo engrandecía. Excitado el entusiasmo por esta ceremonia fúnebre, se dispuso entre el ejército y los jefes de guardia nacional, reunidos, hacer con la mayor pompa los honores fúnebres á los patriotas que murieron con las armas en la mano en todo el Valle de México, y sobresalió, como dirigiendo esta función, el Sr. general D. José González de Mendoza, de quien creo nos hemos ocupado en otra ocasión. Cabello negro y emborrascado cubría sus ojos; relámpagos de pasión é inteligencia despedían sus miradas, y su tez morena, sus ademanes violentos, su voz vibrante y sus arranques extraños, hacían verdaderamente singular este personaje.

De talento clarísimo, de erudición rica y variada, y de extravagancias inconcebibles; ya le recomendaba la admiración y ya le acogía la locura, según el punto de vista en que se presentaba. Decía que había pertenecido su alma á un griego que pereció en un incendio. Intentó enseñar á nadar á sus soldados, teniéndolos boca abajo en un llano, para que se enseñaran á dominar los precipicios; los hizo atravesar una viga altísima, apoyada en dos postes distantes, atando á los



que mandaba una argolla al cuello, pendiente de un lazo, para que quedaran colgados si se caían; por último, dejó en su testamento un buen legado, para que compraran á los niños pobres, el día de San Juan, cornetas, tambores, uniformes y armamento infantil, para que se dieran gusto en semejante día.

En los campos era de los primeros en valor y en conocimiento; en la tribuna tuvo numerosos triunfos su elocuencia, y como caballero cumplido, no dejaba que desear su bondad y su decente comportamiento.

Mendoza tomó á pecho la comisión de las honras fúnebres, y formó un programa que dejó profundísimos recuerdos en nuestra sociedad. Salió la comitiva de la Iglesia de Jesús, anexa al hospital del mismo nombre, y atravesó la ciudad entera, hasta el cementerio de Santa Paula, situado en la calzada de Santa María, y que podía contener entonces de seis á ocho mil personas con todo desahogo, merced á las diligencias y esfuerzos de su fundador D. Vicente García.

Dispúsose que la concurrencia toda vistiese de negro en su mayoría, con excepción del ejército que conservó sus uniformes con un luto especial. Al frente de las autoridades que presidían, marchaba una bandera negra, altísima, de gasa extraordinariamente delgada y de extensión extraordinaria, al punto de cubrir, y casi envolver á la sección distinguida que encabezaba la función. Con profusión se repartieron grandes hachones entre los concurrentes; de trecho en trecho se levantaban los retratos de los héroes al través del

crespón negro y las orlas de laureles. Por un capricho singular, y aconsejado por alguna persona experta, las músicas se proveyeron de oficleidos y otros instrumentos adecuados para composiciones realmente patéticas y terribles; al punto, que había momentos en que parecía que la Ciudad aullaba dolorida, y como derramando en el delirio su angustia quejosa. A los campaneros del tránsito ordenó Mendoza tocasen en cierta consonancia con la música, de suerte que, por lo menos, á mí me produjo un pavor horrendo, que me sobrecoge cuando lo recuerdo.

En el centro del inmenso panteón de Santa Paula se levantó un grandísimo tablado, como de cincuenta varas en cuadro, cubierto de inmensa lona y adornado con crespones, gasas, bandas y adornos fúnebres; y en el tablado se colocaron el Presidente de la República, el Ilustrísimo señor Arzobispo, canónigos, generales, diputados, y cuanto tenía de más rico y distinguido México.

Entre la concurrencia ardían gruesos cirios y grandes lámparas de llamas verdes. Un tanto saliente del tablado se colocó la tribuna enlutada, y allí se pronunciaron elocuentes y sentidos discursos, y yo tuve la honra de recitar una poesía, tributando reverente mi homenaje de gratitud y ternura á los héroes de mi Patria.

Al concluir la ceremonia, el señor Arzobispo me llamó, y me bendijo la cabeza con notable emoción. El general Mendoza, maestro de ceremonias, en términos



brevísimos, llenos de pasión y sentimiento, ordenó con mucho orden la sepultura de los restos de Frontera, Balderas y otros héroes que en este momento no recuerdo.

Prescindo hablar de la situación política y de los frequentísimos cambios de Ministerio que se sucedieron en este tiempo, en que las crisis financiera y de guerra ocuparon lugar preferente.

En el Ministerio de Hacienda se sucedieron Riva Palacio, Lacunza, Yáñez, Piña y Cuevas, D. Marcos Esparza y algún otro menos importante; pero en realidad, los mejor intencionados nada pudieron hacer, más que dictar medidas del momento para hacer practicables algunas reformas fundamentales.

Riva Palacio sólo atendía á libertar del agio los dineros de la indemnización. Yáñez, talento privilegiado, y tan honrado como su antecesor, trató con toda energía de establecer la moralidad en los negocios y ahuyentar los vampiros del tesoro, que amenazaban devorarlo todo.

Piña y Cuevas, con sagacidad inaudita, quiso poner en evidencia la federación y centralizar las rentas, lo que no permitieron los Estados, y sólo procuraron derrotas y descrédito al Gobierno; en una palabra, el Sr. Esparza, de buena inteligencia, laborioso y honrado, no conocía México, ni sus hombres, ni las intrigas palaciegas, ni la bambolla diplomática; de suerte que creía

haber alcanzado grandes triunfos con las caravanas y el énfasis de su grande y buen amigo Mr. Falconet, representante de los tenedores de los bonos de la deuda inglesa, aunque esas exterioridades más probaran el candor del Ministro, que el conocimiento de los negocios de gran trascendencia que tenía entre manos. La figura desgarbada y fofa del señor Ministro, su capita café, que no le abandonaba; su cabello alborotado y su sombrero á medio cráneo, le hicieron realmente juguete de los oradores de oposición, á pesar de ser reconocida generalmente la probidad, la decencia y otras excelentes cualidades del Sr. Esparza.

Ocupó por entonces el Ministerio de Hacienda el Sr. D. Bonifacio Gutiérrez, después de algunos cambios; este personaje, dependiente de comercio primero, después empleado obscuro, y luego levantado por su silencio y aparición oportuna en los grandes negocios, merece una mención particular. Era de alta talla, derecho y delgado como un pararrayo; la fisonomía acallejonada y larga, ojos sin expresión ninguna y movimientos regulares y compasados, como los de un autómata al que se le acaba la cuerda. Su ocupación incesante fué, durante muchos años, la formación de estados minuciosos de todo género y la acumulación de datos para las historias de la deuda interior y exterior. La primera de estas ocupaciones era de todo punto inútil, puesto que versaba sobre asuntos frívolos y sin bases científicas. Los aristarcos, para ponerlo en ridículo, inventaban estados que decían: «Estado que manifiesta



los hombres, mujeres y niños que han entrado por las garitas de la ciudad, de tal á tal fecha, y según se expresa, hombres, su color, su edad y su modo de vivir probable; mujeres doncellas en apariencia, ídem desocupadas, ídem en estado interesante.—Nota. No es posible la indagación de niños de legítimo matrimonio y niños sueltos.»

«Estado curioso de los niños sacrificados en la famosa degollación de Herodes, etc.»

Estos trabajos resultaron inútiles, no así el acopio de datos para la liquidación de las deudas interior y exterior, que ahorraron muchos miles de pesos al Erario y dieron á este Ministro merecida reputación de honradez y lealtad en el cumplimiento de sus deberes. Sea con el objeto de dar garantías á los acreedores del Erario, ó de introducir la moralidad en él, ó de consolidar el crédito, poniendo á su frente personas de indisputable respetabilidad, creó el Sr. Gutiérrez una junta de crédito público que en realidad desmembraba al Ministerio, le tutoreaba y coartaba su acción. Como no es mi ánimo sino escribir para mi solaz las Memorias que me ocurren, sin tener por guía á la política, ni la hacienda, ni nada sistemático y forzado, diré que abandono el Palacio para seguir al Sr. Gutiérrez en su trato y carácter familiar.

De cuantos hombres he conocido en mi vida, ninguno he tratado, con más completa ausencia de imaginación, que el Sr. Gutiérrez. Elogiándole un día la belleza de las torres de la Catedral de Morelia, dijo con su

voz fría y sin acentuación, que le era habitual: «En efecto, me han parecido dos mazorecas.»

Después de una ausencia de seis ó siete años de su hermano Felipe, que era tan original como él, éste llegó á la capital cerca de las oraciones de la noche, preguntó por D. Bonifacio el Ministro, y le dijeron que á esa hora regresaba de la Alameda de su paseo á pie, y fué corriendo en su busca.

Vióle venir D. Bonifacio, le reconoció, y sin más saludo, tendiéndole la mano, le dijo: «Supongo que no habrás bebido chocolate, vamos á casa.»

Tenía un amigo en Zacatecas, que se llamaba Aróstegui, con el que se paseaba en silencio completo todas las tardes por aquel mineral.

En uno de esos paseos, y casi fuera de la ciudad, distinguió un pequeño sembrado, é interrumpiendo el mortal silencio Aróstegui, señalándole el pequeño campo le dijo: *Lechugas*. Gutiérrez guardó silencio, y al siguiente día, pasando por el mismo lugar, le dijo á Aróstegui: *Para ensalada*, y esto fué todo lo que hablaron en más de seis meses de paseo.

Sorprendieron á D. Bonifacio unos ladrones en la Cuesta China, lo tendieron en el suelo como á otros pasajeros, al terrible grito de *azorrillense*, y quedaron todos boca abajo, como era de rigor, mientras duraba el desbalijamiento; de pronto Gutiérrez levantó un brazo; los ladrones corrieron á ver lo que se ofrecía, y él dijo á uno de ellos: «vea Ud. si hay alguno que me preste su lumbre para fumar este cigarrillo.»



Lo más singular de todas estas reformas intentadas sin éxito y por hombres en su mayoría de singulares talentos, es que aunque las personas que sirvieron los Ministerios, ni se habían dedicado á la Economía Política, ni conocían la estructura financiera del país, descubrían las llagas del cuerpo social é insistían en sus remedios.

El Sr. Piña y Cuevas, entre otros, se decidió por las ventajas de la contribución directa, intentó establecer un banco, é ideó una combinación de zonas fiscales para corregir el contrabando, que hubiera tenido buen éxito.

El Sr. Yáñez, en las Relaciones Exteriores, pugnó por aniquilar lo que se llamaron conexiones diplomáticas, con tal olvido del Derecho Internacional privado, y muy trascendentales perjuicios al Erario.

En Guerra, el Sr. Arista había querido ante todo la purificación del ejército, expulsar de su seno hombres viciosos y envejecidos abusos que encubrían escandalosos robos, quería una fuerza corta, pero bien dotada y colocada en las fronteras y puntos, que dejasen toda la libertad de acción en los Estados, en su régimen interior, y sobre todo, un cuadro económico que se llenara, según las circunstancias, conciliándolo ante todo con las necesidades del tesoro, porque podía repetirse lo que había dicho Tornel en cierta ocasión á D. Antonio Haro delante del Gral. Santa-Anna: «nuestro sistema de gobierno está reducido á que el Sr. Haro Ministro de Hacienda busque dinero para que yo lo tire,

como Ministro de Guerra.» En cuanto al contingente de los Estados, habían pasado de rango de fábulas, no siempre divertidas.

En los primeros días de 1850 murió el Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, quien ocupó los más altos puestos en el foro y en la judicatura. El saber del Sr. Peña y Peña era profundo, y se había encerrado en él con tesón y excluyendo casi otros que hoy se creen indispensables para un hombre de Estado.

Reverente y apasionado del gobierno español y de la organización que dió á la colonia sus ideas, aunque de tendencias liberales, se encontraban contrariadas constantemente por sus hábitos, su educación y preocupaciones.

Nació en Tacuba á fines del siglo pasado y falleció de poco más de sesenta años en 1850. Sus funerales fueron magníficos; la buena sociedad de México se llenó de luto y todos los hombres pródigos, de todos los partidos, con su condolencia honraron su memoria.

Ya hemos hablado de los desórdenes en las cámaras y del papel ardiente que se propuso desempeñar *El Universal* en aquella crisis política.

En 1850 continuó con más fervor el esfuerzo de los partidos, alentados por la prensa y por la infirme convalecencia en que había quedado el país á causa de la guerra.

El Sr. Arista era el blanco de los tiros del partido conservador, y no perdonaron la injuria y la calumnia,



ni su fortuna, ni sus antecedentes militares, ni su vida privada, ni su limitada instrucción, ni sus hábitos íntimos, ni nada de lo que pudiera perjudicar su persona y su nombre.

El divorcio del Sr. Arista de la viuda del Gral. Barradas, su esposa, y sus relaciones contraídas en Monterrey con una persona casada que lo siguió á México, dieron pasto á la maledicencia más enconosa, no obstante que esas relaciones, si acaso ejercían influencia en el Gobierno, era desapercibida y cosa de poco momento.

Fomentó esta terrible grito el asesinato inesperado del Sr. D. Juan de Dios Cañedo, opositor al Sr. Arista y personaje notabilísimo.

El encono contra Arista intentó echar sobre él la responsabilidad del asesinato, al que fué de todo punto extraño.

Invocaré mis reminiscencias para fijar algo de este suceso.

Era el 28 de Marzo de 1850. La Iglesia celebraba con pompa extraordinaria el día sagrado de la última cena de Jesucristo; las campanas de los templos habían enmudecido; ni carruajes ni caballos se veían por las calles, y grupos procesionales de familias se dirigían con recogimiento á los templos á presenciar los divinos oficios; soplabá un aire frío, todas las puertas del comercio estaban cerradas, y el sol amarillento y como enfermizo, añadía tristeza al silencio que reinaba en la ciudad.

Yo estaba en la casa de Otero, á quien visitaba de

mañana, porque era cuando tenía más desahogo; repentinamente escuchamos en el patio de su casa. calle de las Damas núm. 4, pasos precipitados y alguna voz descompuesta que preguntaba por Otero, que era entonces senador. «Señor, señor, le dijo: han asesinado al Sr. Diputado D. Juan de Dios Cañedo, allí está en su cuarto de la Gran Sociedad, tirado en un mar de sangre, y ya tiene conocimiento del hecho la policía y la justicia.»

Con el terror en las almas y el espanto en los ojos, salimos de la casa de Otero, corrimos al Hotel de la Gran Sociedad, atravesamos atropellando el gentío y nos encontramos en el lugar de la trágica escena. Era un cuarto amplio del primer piso, cuyo ancho balcón daba á la calle del Coliseo Viejo; en uno de los rincones se encontraba el catre del difunto, en el otro un perchero con su ropa, y en uno de los lados una amplia alacena que estaba media abierta. En el centro de la pieza había una amplia mesa redonda, un tintero y rastros del lugar en que se escribía.

El asesino ó los asesinos de Cañedo le sorprendieron sentado, infiriéndole varias tremendas heridas, hasta que cayó en medio de esfuerzos desesperados, derribado de la silla que ocupaba. Los facultativos que reconocieron el cadáver, aseguraron que un hombre de estatura gigantesca y de fuerzas extraordinarias, era el asesino.

Cañedo era un hombre de unos sesenta y dos á sesenta y cuatro años, lampiño y de un cutis como de